

EL BOLCHEVISMO Y EL JACOBINISMO¹

Albert Mathiez*

La comparación entre el jacobinismo (entiendo por éste el gobierno de los montañeses del mes de junio de 1793 al mes de julio de 1794) y el bolchevismo, no tiene nada de artificial puesto que al mismo Lenin le complacía hacerlo en sus discursos² e incluso hizo construir recientemente una estatua de Robespierre. Lenin, como todos los socialistas rusos, se nutrió de la historia de nuestra gran revolución, se inspira en sus ejemplos y los pone en práctica adaptándolos a su país y a las circunstancias.

Quisiera mostrar, a través de un breve análisis, que entre los métodos de los bolcheviques y los de los montañeses franceses las analogías no son sólo aparentes, sino que existen entre unos y otros relaciones estrechas como un parentesco lógico.

Dos dictaduras

Jacobinismo y bolchevismo son por las mismas razones dos dictaduras, nacidas de la guerra civil y de la guerra extranjera, dos dictaduras de clase, operando con los mismos métodos, el terror, la requisición y los impuestos, proponiéndose en última instancia un objetivo similar, la transformación de la sociedad, y no solamente de la sociedad rusa o de la sociedad francesa, sino de la sociedad universal.

Las dos dictaduras nacieron de la derrota y fueron impuestas por la sublevación. Es la traición de Dumouriez, los desastres de Bélgica, el retroceso de los ejércitos de todos los frentes, lo que permitió a los montañeses aplastar a los girondinos en las jornadas

¹ Este texto se publicó por primera vez en enero de 1920, en la revista *Scientia*, y como folleto, ese mismo año, en la *Librería del Partido Socialista* y en *L'Humanité*. La traducción es de Paulina Fernández Christlieb.

² "Si se toma la escala de las revoluciones occidentales, estamos ahora aproximadamente en el nivel que fue alcanzado en 1793 y en 1870". (Discurso de Lenin del 28 de mayo de 1918). (Nota del texto original).

parisinas del 31 de mayo y del 2 de junio de 1793. Es el fracaso de la ofensiva tomada por Kerensky en julio de 1917, seguida de la aventura de Kornilov, lo que permitió a los soviets tener éxito en el alzamiento del 25 de octubre de 1917 en Petrogrado. Aquí hay una diferencia aparente. Los montañeses toman el poder para intensificar la guerra y forzar la victoria. Los bolcheviques, al contrario, no piensan al principio más que en hacer la paz, la paz a cualquier precio. Pero, tengamos cuidado, ya que tanto montañeses como bolcheviques no ven la paz o la guerra más que como un medio para salvar la Revolución. Frente al agotamiento de Rusia y la lasitud general, Lenin se convence de que la paz es un "respiro" necesario para consolidar los resultados de su asalto al poder. Robespierre, por el contrario, sintiendo el patriotismo del país y conociendo sus recursos, cree que la salvación de la Revolución está ligada irrefutablemente a la victoria inmediata en los campos de batalla. A través de vías opuestas, las dos dictaduras persiguen el triunfo de su partido y la realización de su ideal. En cuanto su gobierno esté mejor asentado, Lenin formará el ejército rojo y retomará la ofensiva.

Las dos dictaduras se apoyan en las clases inferiores, pero éstas son conducidas por tráfugas de las antiguas clases dirigentes.

Los comisarios del pueblo no son, en su mayoría, los aventureros de baja estofa que la prensa avasalladora nos describe. Vladimir Ulianov, llamado Lenin, es, como Lunacharski, el hijo de un consejero de Estado en activo, con rango de Excelencia. Tchitcherin, el comisario de Asuntos Extranjeros, es de origen noble como ellos. Bronstein, llamado Trotsky, es el hijo de un hombre de letras. Zinoviev y Kamenev son burgueses que pasaron por las universidades. Uritski es ingeniero, Rykov traductor-jurado de lenguas extranjeras, la señora Kollontai, mujer de un coronel. Joffe y Sukolnikov gozan de una fortuna considerable.

Igualmente Maximilien de Robespierre pertenece a una familia de jueces, el caballero de Saint-Just a una familia de militares, Héroult de Séchelles a la vieja nobleza; Carnot, Couthon, Le Bas, los dos Prieur y Robert Lindet a la burguesía.

Las dos dictaduras extraen de la población de las ciudades y sobre todo de la capital, su origen y su fuerza. Los montañeses tienen su fortaleza en París, en las secciones compuestas de artesanos. Los bolcheviques reclutan su guardia roja con los obreros de las fábricas de Petrogrado.

Los campesinos que en la Francia de 1793 como en la Rusia actual forman la masa, son arrastrados por las ventajas materiales que tanto los bolcheviques como los montañeses han sabido garantizarles. Los montañeses extirpan las últimas raíces del feudalismo, aboliendo después de su victoria sobre la Gironda los impuestos señoriales que, basados en títulos primitivos, aún subsistían. Se apoderan de los bienes de los emigrados, rico botín que será su tesoro de guerra. El campesino que compra la tierra noble o la tierra eclesiástica, deviene solidario de su causa, está ligado al jacobinismo por el fuerte lazo del interés personal; la derrota de la Revolución significaría para él la expropiación y la ruina.

Igualmente los bolcheviques se entronizan entregando pastizales a los *mujics*³ la misma tarde del 25 de octubre, entregan también toda la tierra de los monasterios y de las grandes propiedades. Estos dominios confiscados, que los bolcheviques hacen administrar por comités cantonales, son la formidable reserva que les garantiza la fidelidad de las masas, al mismo tiempo que les facilita hasta cierto punto el abastecimiento de sus partidarios en las ciudades.

³ *Mujic*: campesino ruso. (N. de la T.).

Dos realismos

Las dos dictaduras, la francesa y la rusa, son eminentemente realistas. No dudan, en su interés por la salvación pública, en violar abiertamente los mismos principios que ellas invocan. Robespierre y Lenin justifican el terror por las necesidades de la lucha interior y exterior. Ambos proclaman que suspenderán éste después de la victoria.

Bajo el régimen constitucional, dice Robespierre, basta casi con proteger a los individuos contra el abuso del poder público; bajo el régimen revolucionario, el poder público mismo está obligado a defenderse contra todas las fuerzas que lo atacan (5 Nivoso).⁴

Saint-Just agrega más crudamente: "Lo que constituye una República es la destrucción total de todo lo que se le opone" (8 Ventoso).⁵ Lenin repite como un eco: "Sería la más grande estupidez y la utopía más absurda suponer que, sin coacción y sin dictadura, el paso del capitalismo al socialismo sería posible" (28 de mayo de 1917).

Es imposible (dice también Lenin) vencer y extirpar el capitalismo sin una represión despiadada de la resistencia de los explotadores que no pueden ser privados súbitamente de su fortuna, de sus ventajas en organización y en conocimientos, y que por consiguiente, en el transcurso de un periodo bastante largo, intentarán inevitablemente sacudir la dominación de los pobres.

Robespierre y Lenin habían exigido la supresión de la pena de muerte. En el poder, hicieron del último suplicio, un medio de gobierno. Habían reclamado la libertad de la prensa y ellos suprimieron los diarios de la oposición.

En resumen, el fin justifica los medios y absuelve las contradicciones. El fin, es en los dos casos, la felicidad de las masas:

Queremos (dice Robespierre) un orden de cosas en el cual todas las pasiones bajas y crueles sean encadenadas, todas las pasiones bienhechoras y generosas sean despertadas por las leyes..., en el cual la patria asegure el bienestar de cada individuo..., en el cual el comercio sea la fuente de la riqueza pública y no solamente de la opulencia monstruosa de algunas familias (18 Pluvioso).⁶

"Nuestro objetivo, agrega Saint-Just, es establecer un gobierno de tal manera sincero que el pueblo sea feliz" (8 Ventoso). Trotsky dijo la tarde del 25 de octubre:

Vamos a fundar un poder que no se propondrá otro fin que el de satisfacer las necesidades de los soldados, de los obreros y de los campesinos. El Estado debe ser un instrumento de liberación de las masas de todas las esclavitudes .

⁴ Nivoso: cuarto mes del calendario republicano francés, que comprende del 21 de diciembre al 19 de enero. Se puede consultar un cuadro abreviado de concordancia de los calendarios republicano y gregoriano en el libro de Albert Soboul, *Les sans-culottes parisiens en l'an II. Mouvement populaire et gouvernement révolutionnaire (1793-1794)*, Paris, Editions du Seuil, 1968. (N. de la T.).

⁵ Ventoso: sexto mes del calendario republicano francés, que va del 19 de febrero al 20 de marzo. (N. de la T.).

⁶ Pluvioso: quinto mes del calendario republicano francés, que comprende del 20 de enero al 18 de febrero. (N. de la T.).

Que no se objete que Robespierre respetaba la propiedad individual mientras que Lenin la niega. La diferencia de los tiempos explica la diferencia de las teorías y de las soluciones, pero el fondo de las cosas permanece idéntico. Por lo demás, Lenin no ha suprimido la propiedad. Sus medidas son tan oportunistas como aquellas que decretaban los montañeses; responden a las mismas necesidades. No hay entre ellas diferencias de naturaleza.

Los bolcheviques han nacionalizado los bancos, inventariado los cofres de los particulares, depositado su contenido en la cuenta del banco del Estado, fijado en una cierta cantidad el límite de los retiros, pero no han suprimido la propiedad individual. Los jacobinos no se molestaron en requisar a los banqueros, en sellar sus cajas, someterlos a una reglamentación rigurosa, cerrar la Bolsa, etc. Un decreto del Comité de Salvación Pública fechado el 23 Ventoso requirió en masa a los negociantes de Burdeos la entrega de 20 millones de letras de cambio del extranjero y la exportación de un valor similar en mercancías. No fue un hecho excepcional. Se sabe que Robespierre subordinaba la propiedad al interés social y que la había definido como "la parte de los bienes garantizados por la ley".

Los bolcheviques se apoderaron de las fábricas que administran por medio de comités elegidos por los obreros. Los jacobinos los precedieron en esta vía requisando, según las necesidades de fabricación de la guerra, muchas herrerías y talleres administrados por regentes más o menos limitados.

Los bolcheviques controlan tanto la producción agrícola como la producción industrial. Han organizado en cada distrito, comités de empadronamiento, de requisición y de distribución de mercancías ligadas a "centros" comunes, centro textil, centro metalúrgico, etcétera.

Los montañeses, con la aplicación de su Ley del Máximo,⁷ ya habían creado en París la comisión de subsistencias, la comisión de armas y pólvoras, la comisión de transportes, etc., que, bajo las órdenes del Comité de Salvación Pública, empadronaban, distribuían, gravaban los productos de toda naturaleza por medio de innumerables agentes diseminados por toda Francia y apoyados en los Comités locales.

Dos regímenes de orden

Sería un error creer que los comités bolcheviques que administran las fábricas o que controlan la producción agrícola, son soberanos. La República de los soviets es actualmente tan centralizada, tan burocrática como lo era la República jacobina. Los comités agrarios que administran las tierras confiscadas a la gran propiedad⁸ son sin duda elegidos, pero, al lado de ellos, el poder central está representado por comisarios dotados de plenos poderes para asegurar la subordinación al centro. Asimismo los comités elegidos por los obreros de las fábricas no tienen la dirección de la empresa la cual permanece la mayor parte del tiempo confiada al antiguo patrón, convertido en un agente del centro. Lenin no quiere que el poder proletario se quede en "estado gelatinoso". El se esfuerza en frenar la desorganización y practica una política de mano de hierro.

⁷ Ley que fijaba el precio máximo de granos y forrajes, promulgada el 4 de mayo de 1793 por los montañeses para luchar contra la carestía de la vida. (N. de la T.).

⁸ "Las tierras de los cosacos y simples soldados y las de los campesinos no son confiscables." (Decreto del 26 de octubre de 1917). (Nota del texto original).

Todo individuo que infrinja la disciplina del trabajo, dice Lenin, no importa en qué empresa, no importa en qué negocio, debe ser llevado ante el tribunal y castigado despiadadamente.

Los tribunales revolucionarios de la Rusia soviética como aquellos de la Francia montañesa castigan el acaparamiento, el sabotaje, los fraudes, las contravenciones a los impuestos y a los censos, a semejanza de los crímenes contrarrevolucionarios. Un decreto antiguo sobre la administración de ferrocarriles confió la dirección de las redes ferroviarias a comisarios con poderes tan amplios como aquéllos conferidos a los procónsules de la Convención.

Robespierre había dicho: "El gobierno revolucionario no tiene nada en común con la anarquía. Su fin, por el contrario, es reprimirla para asegurar y consolidar el reino de las leyes" (25 Nivoso). Lenin no es más tierno con el desorden:

Si no somos anarquistas, debemos aceptar la necesidad del Estado, es decir de la coacción, en la fase de transición del capitalismo al socialismo. Toda gran industria técnica exige la unidad de la voluntad más absoluta y más severa dirigiendo el trabajo simultáneo de centenas, de millares y de decenas de miles de hombres. ¿Cómo puede asegurarse la más severa unidad de la voluntad? "A través de la sumisión de las voluntades de millares a la voluntad de uno sólo" (28 de mayo de 1918).

Dice además: "No necesitamos impulsos históricos. Lo que nos hace falta es andar al compás de los batallones de hierro del proletariado".

He leído que Lenin se inspiraba en los métodos hebertistas.⁹ Todos sus actos y todas sus palabras protestan contra semejante juicio. Como Robespierre, él pretende evitar dos excesos que hundirían a la Revolución, el moderantismo y la exageración. Lenin declara, en el discurso que ya he citado, que los compromisos son necesarios antes de alcanzar el orden comunista. Así el decreto sobre las sociedades cooperativas que publicó en la primavera de 1918 es un compromiso elaborado entre los representantes de las cooperativas burguesas y los de las cooperativas obreras:

Concluyendo semejante compromiso con las cooperativas burguesas, el poder de los soviets determinó de forma concreta sus problemas tácticos y los métodos de acción particulares a la fase de desarrollo dada, a saber: dirigiendo los elementos burgueses, utilizándolos, haciéndoles ciertas concesiones parciales, creamos las condiciones necesarias para un movimiento de avanzada que será más lento de lo que suponíamos en un principio, pero al mismo tiempo más sólido, con garantías más firmes para la base y la línea de comunicación, con una mejor fortificación de las posiciones adquiridas.

Esta táctica era precisamente la de Robespierre quien se esforzaba por captar y tranquilizar a los pequeños comerciantes y a los pequeños propietarios.

Cuando Lenin y Trotsky, después de Brest-Litovsk, crearon un nuevo ejército de donde excluyeron a los elementos políticamente dudosos, no hicieron otra cosa que —aquí también—, seguir las enseñanzas del jacobinismo. Desde la Constituyente,

⁹ Corriente de izquierda de la Sociedad de los Jacobinos, básicamente antiburguesa. (N. de la T.).

Robespierre había propuesto licenciar al ejército real para crear uno nuevo en todas sus partes a fin de depurar por este medio los cuadros ocupados por los nobles. Su proposición fue rechazada, pero los oficiales nobles se eliminaron a sí mismos mediante la emigración, y el resultado buscado fue obtenido.

Nadie profesó más que Robespierre la desconfianza del militarismo, ni ejerció sobre los generales una vigilancia tan suspicaz. El había predicho que la guerra conduciría a la dictadura del sable. Y no obstante es el mismo Robespierre quien dio de la disciplina militar esta definición:

La disciplina es el alma de los ejércitos, la disciplina suple al número y el número no puede suplir a la disciplina. Sin disciplina no hay ejército, sino un conjunto de hombres sin unión, sin concierto, que no pueden dirigir eficazmente sus fuerzas hacia un objetivo común, como un cuerpo que ha abandonado el principio de la vida o como una máquina cuyo motor está destrozado.

El Comité de Salvación Pública, habiendo concedido a los voluntarios el derecho de elegir a sus jefes a través de un sistema graduado muy ingenioso, en la práctica se las arregló para imponerles poco a poco una estricta obediencia. Los comisarios del pueblo han hecho lo mismo. En el ejército rojo, la elección de los jefes ha sido incluso suprimida (23 de abril de 1918). Leo en *Le Correspondant* del 25 de mayo de 1919 que este ejército está sometido hoy en "una disciplina de hierro".

El bolchevismo: un jacobinismo perfeccionado

Se me podrá objetar que la dictadura montañesa era una dictadura legal, órgano de la Convención Nacional, expresión ella misma de la voluntad del país, mientras que la dictadura bolchevique está manchada de una ilegalidad congénita. Esta ha dispersado a la Constituyente, no se mantiene más que por la fuerza.

No hay que exagerar demasiado esta diferencia entre los dos regímenes. La Convención fue elegida en el periodo turbio de las masacres de septiembre. La mayor parte de los asambleístas electorales que designaron a los diputados sufrieron la ley de los clubes, debieron proceder a votar en voz alta. Es un hecho bien conocido que los jacobinos y sus partidarios fueron casi los únicos que acudieron a las urnas. Pero sobre todo no hay que olvidar que la dictadura montañesa se estableció por el motín del 2 de junio de 1793 que mutiló a la Convención con la exclusión de todos los jefes girondinos quienes muy pronto fueron enviados a la guillotina. El arresto de 73 girondinos que protestaron contra el 2 de junio fue suficiente para cambiar la mayoría. Los montañeses gobernaron por medio de una Asamblea depurada. Los bolcheviques prefirieron disolver que mutilar. ¿Dónde está en todo esto la legalidad?

Los bolcheviques reemplazaron a la Constituyente con el Congreso de los soviets. Es como si el Comité de Salvación Pública hubiera reemplazado a la Convención con la Sociedad de los Jacobinos. Los soviets han privado del derecho de voto a toda una categoría numerosa de ciudadanos: los monjes, los ociosos, los patronos, etc. Antes que ellos los jacobinos de los comités revolucionarios habían hecho unas listas de sospechosos. La Constitución monárquica de 1791 ya privaba de derechos políticos a todos aquellos que no prestaban juramento cívico. Los bolcheviques simplemente han perfeccionado los métodos jacobinos.

Los montañeses ya habían instituido el sistema de las cartillas de alimentación,

pero no se les había ocurrido utilizarlas como instrumento político. Los bolcheviques, más ingeniosos, dividieron a la población en cuatro categorías para el derecho de abastecimiento. Los sospechosos sólo recibían una mitad o un cuarto de ración. ¡Medio eficaz y terrible para formar una clientela!

Como los campesinos acomodados se resistían a ejecutar las requisiciones, los bolcheviques instituyeron, a fin de vencer su rebeldía, comités de pobreza compuestos de indigentes y encargados de hacer ejecutar todas las medidas de abastecimiento. Los jacobinos no habían ido tan lejos, pero habían poblado de sans-culottes los comités revolucionarios que estaban encargados de vigilar el cumplimiento de la Ley del Máximo.

En vano se intentará oponer el individualismo de los jacobinos al comunismo de los bolcheviques. Los jacobinos se proclaman defensores del derecho de la propiedad. Castigan con la pena de muerte a los predicadores de la "ley agraria", es decir, a los comunistas, pero, de hecho, confiscan, expropián, requisan. Los bolcheviques, todo lo contrario, hacen profesión de comunismo, anuncian la próxima abolición de la propiedad individual, pero, de hecho, la dejan subsistir.

Los jacobinos además colocan constantemente por encima de los derechos del individuo los derechos de la sociedad y con ello se vuelven a juntar con los bolcheviques. ¿No propuso Saint-Just, el 8 Ventoso, confiscar la propiedad de todos los adversarios del régimen? "La Revolución nos conduce a reconocer el principio de que aquel que se ha mostrado enemigo de su país no puede ser ahí propietario" y, sobre esa moción, la convención votó este decreto:

Las propiedades de los patriotas son inviolables y sagradas. Los bienes de las personas reconocidas enemigas de la Revolución serán embargados en beneficio de la República; estas personas serán detenidas hasta la paz y desterradas después a perpetuidad.

Era sin duda reconocer la propiedad para violarla de esta manera, mas era hacer de la propiedad el privilegio del civismo.

Cuando los bolcheviques se apoderan de las viviendas vacías para instalar ahí a los indigentes, cuando obligan a los burgueses al trabajo forzado, se mantienen fieles a los precedentes jacobinos más de lo que uno se imagina.

No sufran, decía Saint-Just, que no haya un desdichado ni un pobre en el Estado; no es más que a ese precio que ustedes habréis hecho una Revolución y una República verdadera... Obligad a todo mundo a hacer cualquier cosa, a asumir una profesión útil a la sociedad... ¿Qué derechos tienen en la patria los que no hacen nada? (8 Ventoso).

Los actos siguen a las palabras cuando no les anteceden. Er. numerosos departamentos los ociosos fueron requeridos para la producción de salitre, para la recolección de maderas destinadas a la fabricación de potasa, para los trabajos de cosecha, para la reparación de caminos.

Los políticos de nuestros días que se han nombrado a sí mismos herederos de los jacobinos, se vanaglorian de su patriotismo contraponiéndolo al derrotismo y al internacionalismo de los bolcheviques. El contraste es completamente superficial. No resiste la menor prueba.

Dos internacionalismos

En verdad los montañeses se consagraron con un ardor sublime a la obra de la defensa nacional. Robespierre en particular pudo hacer el papel de patrioter cuando se le vio denunciar sin descanso a los extranjeros refugiados en Francia que él sospechaba, no sin razón, de servir de espías al enemigo. Incluso un día lanzó desde la tribuna de los jacobinos una anatema célebre contra el pueblo inglés. Pero Robespierre no distinguía la causa de Francia de la causa de la Revolución y el triunfo de nuestros ejércitos le parecía el testimonio y el preludio del triunfo de la libertad en el mundo. Jamás repudió la doctrina de la fraternidad de los hombres. El hubiera querido hacer inscribir en la Declaración de los Derechos de 1793 los artículos siguientes:

- I. Los hombres de todos los países son hermanos y los diferentes pueblos deben ayudarse mutuamente según su poder como los ciudadanos del mismo Estado.
- II. Aquel que oprime a una nación se declara enemigo de todas.
- III. Los que hacen la guerra a un pueblo para detener el progreso de la libertad y aniquilar los derechos del hombre deben ser perseguidos por todos, no como enemigos ordinarios, sino como enemigos y bandoleros rebeldes.
- IV. Los reyes, los aristócratas, los tiranos, quienesquiera que sean, son esclavos sublevados contra el soberano de la tierra que es el género humano y contra el legislador del Universo que es la naturaleza (24 de abril de 1793).

Jamás Robespierre renunció a este internacionalismo de clase el cual Lenin podría suscribir. Cuando los dantonistas, apremiados a hacer la paz, propusieron abandonar a su suerte a los renanos, a los belgas, a los saboyanos, a la gente de Niza, todos los pueblos reunidos que habían creído en nuestras promesas, Robespierre se levantó con violencia contra su proposición derrotista. Si él proclamaba su odio contra los ingleses, es porque odiaba en ellos a los esclavos demasiado dóciles a la voluntad de sus amos.

Hay algo más despreciable todavía que un tirano, ¡eso son los esclavos!... No nos corresponde hacernos cargo de la Revolución de Inglaterra. Cuando veamos a ese pueblo liberarse él mismo; nosotros le rendiremos toda nuestra estima y nuestra amistad (11 Pluvioso).

Atribuir a Robespierre la mentalidad de los imperialistas de nuestros días, es extrañamente desconocerlo.

A pesar de las apariencias, los jacobinos y los bolcheviques no tienen una concepción muy diferente de las relaciones internacionales.

Los bolcheviques, dice muy bien el señor Antonelli en su reciente libro, no conciben el derecho de los pueblos de otro modo que como el derecho de las clases proletarias a organizarse libremente. Ellos son arrastrados por la lógica de su doctrina del intervencionismo proletario a intervenir en todas partes donde la causa proletaria parece en riesgo... El intervencionismo bolchevique es análogo al intervencionismo republicano de la Revolución francesa. Pero es aún más peligroso. No toma en consideración los factores morales y étnicos.

Es cierto, en efecto, que los bolcheviques no han considerado la paz de Brest-

Litovsk más que como una tregua. Tan pronto como pudieron, retomaron las armas para liberar a los proletarios de Finlandia, de Estonia, de Lituania, de Ucrania, y, entre tanto, patrocinaron el espartaquismo y la revolución húngara. Su proselitismo, tanto como su repudio a los compromisos financieros del zarismo, explica el formidable clamor de hostilidad que recibió su nombre en los países que seguían gobernados al antiguo modo. Los jacobinos habían causado los mismos temores y provocado las mismas cóleras. Sería un juego divertido e instructivo reunir y comparar, a ciento veinticinco años de distancia, los juicios sostenidos sobre éstos y sobre aquéllos por los gobernantes y por los periodistas encargados de detener el contagio.

Arrastrados por la corriente

La gente se equivoca o intenta engañar cuando representa al gobierno bolchevique, después del gobierno jacobino, como una construcción artificial, salida de decretos del cerebro de algunos iluminados o de algunos ambiciosos. La realidad es muy diferente. Los bolcheviques no crearon los *soviets*, que existían antes de su llegada al poder. Los soldados rusos no hubieran esperado Brest-Litovsk para hacer la paz con los alemanes. Los *mujics* no hubieran esperado más tiempo el golpe del 25 de octubre de 1917 para tomar posesión de las tierras de los monjes y de los señores. En las fábricas los obreros estaban ya organizados en comités de explotación antes de que Lenin lograra su asalto al poder.

Los comisarios del pueblo han tenido que poner orden con el desorden. Ellos han reglamentado el estado de cosas anterior esforzándose en darle una base legal.

Incluso algunas veces, dice Antonelli, su intervención se ejerció con tal sentido de moderación que sublevó contra ellos a ciertos elementos de la población obrera y campesina.

Es un rasgo más de semejanza con el jacobinismo. La mayor parte de las grandes medidas revolucionarias del año II no proceden de la iniciativa del Comité de Salvación Pública, ni siquiera de los diputados de la Convención. Se las impusieron a ellos bajo la presión de los clubes. El Máximo, es decir la tasación de todos los productos de primera necesidad, fue protestado con violencia por los grupos *sectionnaires*¹⁰ mucho antes de ser incluido en la ley. Los montañeses se habían esforzado primero en resistir a una medida que ellos juzgaban peligrosa. El levantamiento en masa o primera requisición, el ejército revolucionario encargado de hacer cumplir las leyes sobre las subsistencias, la descristianización, fueron obra de instigadores de los clubes y de las administraciones locales antes de ser adoptadas y legalizadas por la Convención.

Jacobinos y bolcheviques son arrastrados por una corriente más fuerte que ellos mismos. Estos dictadores obedecían a sus tropas para poder comandarlas.

¿Por qué sorprenderse, entonces, que ellos tropiecen con los mismos obstáculos y que estén expuestos a los mismo peligros?

Para los bolcheviques, la dictadura del proletariado no es más que el encaminamiento hacia el comunismo; para muchos de sus partidarios es un fin. De lo alto a lo

¹⁰Bajo la Revolución francesa se dio el nombre de *sectionnaire* a cada uno de los miembros de las secciones de París. La expresión no tiene equivalente en español. (N. de la T.).

bajo de la escala, el gobierno de los *soviets* se tropieza con el egoísmo de sus administradores. El campesino ruso, como el campesino francés del año II, quiere guardar su cosecha. Sólo se desprende de ésta muy difícilmente a cambio de un papel depreciado, se tiene a veces que recurrir a la fuerza para abrir las puertas de su granero. El obrero considera a la fábrica como cosa suya. Trabaja lo menos posible. La Revolución es interpretada por él como el derecho a la pereza. Los burócratas que empadronan, requisan y reparten los productos trafican con sus funciones. La dictadura de clase se resuelve en la práctica con una vasta pillería ejercida por los tiranuelos subalternos. Los *tchinovniks*¹¹ de Lenin valen lo que los de Nicolás II.

Lenin lo sabe y se esfuerza por reaccionar con vigor. Los ladrones sorprendidos en flagrante delito durante la revolución del 25 de octubre fueron fusilados en el mismo lugar para escarmiento de todos. Lenin no está lejos de proclamar con Robespierre que el motor del nuevo régimen debe ser la virtud, o en otras palabras, el sacrificio del interés privado al interés general. El insiste en la necesidad absoluta de elevar la producción disciplinando el trabajo para intensificarlo.

El ruso, dice él, es un mal obrero en comparación con los ciudadanos de las naciones avanzadas. Aprender a trabajar, este es el problema que el poder de los *soviets* debe plantear en toda su grandeza ante el pueblo.

Y no duda en preconizar el trabajo a destajo y hasta la aplicación del sistema Taylor que los sindicalistas de occidente consideraron como servidumbre. Se da muy bien cuenta que el problema de la producción y de la distribución no puede ser resuelto únicamente con medidas reglamentarias, sino que es hasta cierto punto un problema de orden moral. Asimismo ha organizado una vasta propaganda educativa y cívica por medio de los diarios y de conferencias de la Academia socialista. Así, él espera elevar la cultura de las masas y hacer la Revolución en su espíritu.

Las comunas modelos deben servir y servirán de educadoras, de profesoras, de apoyo a las comunas atrasadas. La prensa debe servir de instrumento para la construcción del socialismo, dando a conocer en todos sus detalles los aciertos de las comunas modelos, estudiando las razones de su éxito, los procedimientos de su economía doméstica, poniendo por otra parte en una lista negra a aquellas comunas que conservan obstinadamente las tradiciones del capitalismo, es decir, de la anarquía, de la holgazanería, del desorden, de la especulación.

El secreto del mañana

Aquí otra vez, los bolcheviques imitan a los jacobinos quienes habían puesto la moral en el orden del día, quienes se esforzaron en educar a las masas y en refrenar el egoísmo mediante todo un sistema fuertemente enlazado de fiestas cívicas e instituciones sociales, del cual un periódico *ad hoc*, la *Colección de acciones heroicas y cívicas*, era el órgano. Como los jacobinos, los bolcheviques rompieron con la Iglesia a la cual separaron del Estado. Hasta aquí todavía no han sentido la necesidad, como sus antecesores, de reemplazar el antiguo culto con uno nuevo adaptado a su política, pero ya están en ese camino.

¹¹ De *tchine*, fue la tabla jerárquica de los rangos que, de 1722 a 1917, reglamentó en Rusia la condición de los militares y de los funcionarios. (N. de la T.).

Lenin ya está inquieto por la invasión gradual del parlamentarismo en los *soviets*. "Hay que luchar contra eso aprovechando a todos los miembros de los *soviets* en una participación activa en la administración". No quiere más el reino del hablador ni el reino del empleado de oficina. Antes que él, Saint-Just había denunciado el mismo riesgo: "La ciudad, había dicho, está casi usurpada por los funcionarios. En las asambleas, ellos disponen de los sufragios y de los empleos; en las sociedades populares, de la opinión. Todos se procuran la independencia y el poder más absoluto so pretexto de actuar revolucionariamente, como si el poder revolucionario residiera en ellos" (8 Ventoso).

Sin embargo, los más graves peligros que amenazan al gobierno de los *soviets* quizá no son los del interior. El sabotaje, los atentados, los levantamientos de campesinos, las revueltas, son todavía menos temibles que los bloqueos y la guerra extranjera. Entre unos y otros la relación es por lo demás evidente.

Los montañeses del año II tuvieron que hacer frente a la misma situación. Ellos salieron bien librados por la victoria militar. Vencer o morir fue su divisa. Los bolcheviques llevados al poder por el agotamiento y la lasitud de un pueblo que se precipitó a la paz, han cedido primero al torrente. Su derrotismo ha sido una táctica, pero no ha sido más que eso. Para defender su Revolución comprometida, para salvar sus cabezas, han sido obligados a reanudar la guerra. El porvenir del bolchevismo se resolverá en el campo de batalla como se resolvió la suerte del jacobinismo.

Después de la victoria los jacobinos se dividieron y sus divisiones generaron su perdición. El ejército devino el árbitro de sus querellas y la República fue finalmente confiscada por un general victorioso.

¿El bolchevismo conocerá el mismo destino? Sabremos muy pronto si sus ejércitos son capaces de apartar el peligro exterior y de triunfar sobre las últimas revueltas. ¿Trotsky y Lenin se mantendrán unidos? ¿Un 9 Termidor¹² ruso seguirá a su 31 de mayo, y al 25 de octubre le seguirá un 18 Brumario,¹³ logrado por un Kornilov más hábil, que finalizará la tragedia? Es el secreto del mañana.

La historia jamás se repite exactamente. Pero las semejanzas que se han realizado en nuestro análisis entre las dos grandes crisis de 1793 y de 1917 no son ni superficiales ni fortuitas. Los revolucionarios rusos imitan voluntaria y conscientemente a los revolucionarios franceses. Son animados por el mismo espíritu. Se mueven en medio de los mismos problemas en una atmósfera análoga. Los tiempos son diferentes. La civilización ha marchado desde hace un siglo y cuarto. Pero Rusia en su estado atrasado se parece más de lo que comúnmente se creería a la Francia agrícola e iletrada que era aquella del fin del siglo XVIII.

BIBLIOTECA
SECCION DE HEMEROTECA
FACULTAD DE CIENCIAS
POLITICAS Y SOCIALES

¹² Termidor, undécimo mes del calendario republicano francés, del 19 de julio al 17 de agosto. (N. de la T.).

¹³ Brumario, segundo mes del calendario republicano francés, del 22 de octubre al 20 de noviembre. (N. de la T.).